



"Rotes und blaues Pferd" Franz Marc

La imagen de los alemanes

El profesor Schwanitz describe en este ensayo cómo se proyecta la imagen de los alemanes hacia afuera repasando sus logros culturales y los terribles errores históricos. También aconseja cómo tratar con un alemán sin obviar el pasado ni dejar de valorar el presente.

Dietrich Schwanitz

Si preguntásemos a una agencia de publicidad norteamericana por Alemania, nos respondería que tiene un problema de imagen. Un problema que no se remonta simplemente a los tiempos de ese Adolf Hitler que tanto se parecía a Chaplin, pues lo cierto es que la imagen de los alemanes era pésima desde mucho antes. Ya en tiempos de Shakespeare, se les consideraba unos borrachos que llenaban sus barrigas de cerveza y el aire de rudas canciones. En la época de Goethe, sin embargo, el mundo descubrió la literatura, las universidades y la erudición alemanas, entonces fue cuando los alemanes consiguieron dar la imagen más amable de sí mismos, centrada en la fi-

gura del erudito, ese personaje medio chiflado que en una universidad de provincias se entregaba a especulaciones ajenas al mundo y esbozaba caprichosos sistemas metafísicos de una incomprensible originalidad; ese amante de la verdad, grotesco pero desinteresado, que mostraba una fuerte inclinación por las zonas oscuras del espíritu humano. Su heredera sería la imagen tópica del alemán como un *mad scientist*, un cliché que debía parte de su fuerza a la popularidad alcanzada por el personaje de Fausto. En este sentido es ejemplar el *Frankenstein* de Mary Shelley o el profesor Teufelsdröckh del *Saror Resartus*, la obra de Carlyle.

Esta imagen se transformó radicalmente con la fundación del Imperio alemán por parte de Prusia y con el militarismo ejercido por Guillermo II antes de la I Guerra Mundial. El alemán se convertía ahora en un individuo con monóculo y voz ronca, en un temible hombre máquina, uniformado y con casco de punta, a quien la instrucción militar le había arrebatado todo sentimiento y en quien el lenguaje humano se reducía a la voz de mando y al saludo militar. La intensa actividad propagandística desplegada durante la guerra contribuyó considerablemente a extender y a consolidar esa imagen, y cuando los nazis tomaron el poder su exacerbación no hizo más que confirmarla.

Los nazis añadieron además a esta imagen un elemento demoníaco, una pizca de locura que se ponía de manifiesto en el fuerte contraste existente entre la más fría crueldad y una enorme sensibilidad musical. Fue así como el “típico alemán”, el hombre sentimental de las SS que tan pronto escuchaba a Wagner como asesinaba a la gente, se convirtió en el personaje estándar de las películas de guerra norteamericanas.

Naturalmente, cualquier extranjero con cultura sabe que todo esto son simples clichés; pero el problema es que no dispone de otros con que sustituirlos. En esta imagen tradicional del alemán hay tres elementos que han permanecido invariables, la tendencia a la locura, la rudeza provinciana y el elemento de brutalidad y machismo que en la época de Guillermo II adoptó la forma de militarismo.

Esta imagen nos recuerda que, a diferencia de otros países, Alemania careció durante mucho tiempo de una corte y de una capital capaces de influir en las formas de trato y las maneras de sus gentes.

La sociedad cortesana y urbana se caracterizaba por ser una sociedad mixta. A esta *society* podían acceder tanto los hombres como las mujeres, de manera que incluso el indicador más fiel del grado de civilización de un país fue siempre la cortesía y la consideración hacia las mujeres.

Pero en Alemania, y especialmente en Prusia, los únicos medios sociales capaces de marcar un estilo de vida eran medios a los que la mujer no tenía acceso alguno, el ejército y la universidad. A partir de ellos, en Alemania se desarrollaron dos características fuertemente machistas que, tras la fundación del Imperio, tuvieron una inmensa influencia en el comportamiento de sus gentes, la voz de mando del oficial de la reserva y la pedantería del profesor alemán. El movimiento antiautoritario acabó con estos dos estilos tan tradicionales.

Hasta 1968 la vida social alemana se rigió por esos dos caracteres tan machistas, lo que hizo que en Alemania el feminismo naciera precisamente de la necesidad de subsanar semejante déficit de civilización, no sin cierto rigor alemán, es cierto, el feminismo ha sometido a los hombres a una “educación del corazón” y les ha hecho comprender que el más fiel indicador del nivel de civilización de una sociedad es su capacidad para hacer que, en ella, las formas de trato conviertan en un placer la interacción entre los dos sexos. Y las mujeres tienen toda la razón cuando afirman que en este sentido todavía queda mucho por hacer.

De lo anterior se desprende la consecuencia más importante en lo que se refiere al trato de los alemanes con los ciudadanos de los países más próximos. Comparadas con las maneras de sus vecinos occidentales, las de los alemanes todavía no han madurado suficiente-



Dietrich Schwanitz

(Werne, Alemania 1940 - Hartheim, Alemania 2004).

Escritor alemán. Estudió Filología Inglesa en Münster (Alemania), Londres, Filadelfia (EE.UU.) y Friburgo de Brisgovia.

Entre 1978 y 1997 ejerció como catedrático de literatura en la Universidad de Hamburgo. De su experiencia como docente surgieron *Der Campus* (1995) y *Bildung* (1999), dos libros en los que vapulea al sistema educativo y, especialmente, el ámbito universitario, que calificó de “productor de incapacidades”.

Schwanitz es autor de *El Campus*, 1995, en el que se relatan intrigas políticas y la instrumentalización del reproche de la carga sexual como ejemplo de una trama de la novela ocurrida en la Universidad de Hamburgo (con fácilmente reconocibles similitudes con personajes reales). El libro se situó en la cima de los *Bestsellers*, en especial, después de que el director Sönke Wortmann con Heiner Lauterbach y Sandra Speichert lo llevara al cine en febrero de 1998. A esta le siguió una novela negra en clave de humor llamada *Der Zirkel* (El círculo, 1999), y Schwanitz se convirtió en un rostro habitual en las tertulias televisivas, desde las que arremetía contra todo tipo de temas.

En español se puede leer: *La cultura: todo lo que hay que saber* (Taurus) y *Preguntas y respuestas del nuevo juego de la cultura* (Taurus)

mente, ni la mezcla de rudeza, provincianismo y tosca franqueza ni la descortesía protestante impregnada de moralidad y disfrazada de sinceridad son, precisamente, lo que podríamos llamar maneras distinguidas, elegantes y gentiles.

Entre los alemanes las buenas maneras y las virtudes como la gracia, el encanto, el tacto, la elegancia y el arte de mantener una conversación brillante todavía están en fase de desarrollo, por lo que las feministas tienen por delante un penoso trabajo en la viña de la civilización. Pero mientras dure esta tarea, para las gentes cultivadas de otros países el encanto de Alemania no es exactamente algo que salte a primera vista. Así, puede ocurrir que un francés o un italiano vean a los alemanes como visigodos con un teléfono móvil en las manos. Pero como no saben que todo el país es así, puede que tomen la falta de buenas maneras como algo personal y que salgan corriendo.

De ahí la "Primera regla" que ha de observar un alemán: en tu trato con los extranjeros, eleva la dosis de amabilidad hasta encontrarla exagerada. Lo que tú crees exagerado, tu interlocutor lo considerará algo normal.

En relación con el penoso pasado de Alemania, hay que tener en cuenta lo siguiente: tu interlocutor se identifica con

su país y tiene un sentimiento patriótico más o menos moderado. Como no está acostumbrado a las orgías de arrepentimiento de los alemanes, si tú le haces una demostración, se extrañará; y si críticas despiadadamente el carácter alemán, por cortesía él no te dará la razón por más que desee, y sólo conseguirás que se sienta incómodo –pues decir lo contrario y elogiar a los nazis, es algo que tampoco puede hacer—. Así pues, no te sirvas del pasado de Alemania para mostrarte ante él como un converso o para interpretar el papel de cualquier otro héroe de la moralidad.

Tu interlocutor no está obsesionado con el pasado criminal de Alemania, y lo único que puede deducir de tu acto de contrición es que quizás el cliché de la psique inestable de los alemanes tenga alguna base real. Habla sólo del pecado original de los alemanes si es tu interlocutor quien saca el tema, y evita atribuirte toda superioridad moral basándola en tu estrecho contacto con el mal, como si hubiese procurado unos conocimientos tan profundos que tu interlocutor, la génesis de la nación estuvo ligada a la de la democracia y se llamó "soberanía del pueblo"; lo verdaderamente atípico es la experiencia alemana del nacionalismo, y si no aclaras esta particularidad, tu interlocutor no te comprenderá. Piensa siempre que la experiencia histórica alemana es una excepción, y no la regla.



Munich, Alemania



Oberahargau, Alemania